

en una prisión y que viva en penas y angustias continuas, así lo quiero yo también.

Todo sea cómo á Vos os agrade y por el tiempo que os agrade.

Aún mi vida la pongo en vuestras manos; acepto la muerte que queráis depararme, y todas las penas que deben acompañarla. Uno mi muerte á la vuestra ¡oh Salvador mío! y os la ofrezco en testimonio de mi amor á Vos. Quiero morir por agradaros y por cumplir vuestra divina voluntad.

¡Oh Jesús, María y José, objetos de mis amores! sufra yo por vosotros, muera por vosotros, y sea, en fin, todo vuestro.



## EJERCICIO DE LA HORA SANTA

para cada uno de los meses del año.

### ENERO.

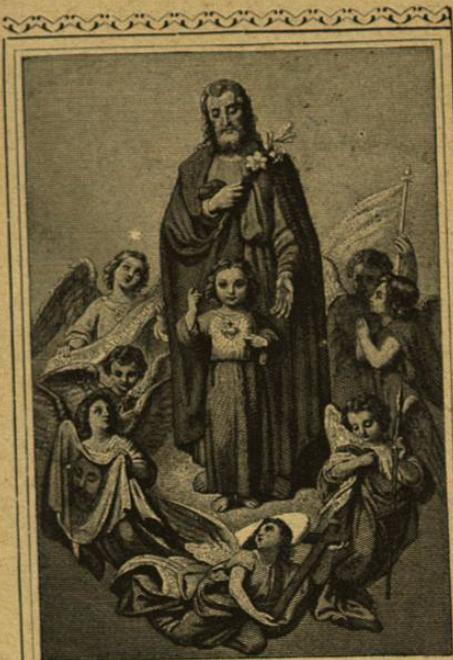
#### *Excelencia de la Hora Santa.*

**L**a Hora Santa es una devoción agradabilísima al Corazón de Jesús y muy provechosa al alma piadosa, porque es un ejercicio de gratitud, de oración y de amor.

La Hora Santa es primero un *ejercicio de gratitud*, porque, meditando los sufrimientos del Corazón de Jesús en el Huerto de Gethsemaní, se le demuestra que hubiéramos querido hacerle compañía en su abandono y consolarlo en su agonía; y se reco-

noce plenamente el amor que lo ha obligado á sufrir tanto por nosotros. Si una persona después de haber sufrido por un amigo, sabe que este amigo jamás piensa en ese acto de abnegación, ¡qué pena no siente con tal ingratitud! Y por el contrario, ¡qué placer experimenta, si se le dice que su amigo se reconoce obligado hacia ella con una gratitud eterna y ¡que jamás habla ni se acuerda de sus beneficios sin sentirse conmovido hasta derramar lágrimas! Juzguemos por eso cuánto placer se dará á Jesucristo pensando en su pasión. Los fieles que hacen la Hora Santa pueden pues con justicia ser llamados los consoladores del Corazón afligido de Jesús.

La Hora Santa es también un *ejercicio de oración*. Es una hora empleada en orar por sí mismo y por los demás. ¡Ah! ¡cuán necesaria es la oración del hombre para perseverar en la gracia de Dios! Es bueno, sin duda, decir con frecuencia al Cora-



¡Id á José!

zón de Jesús: *No os dejaré jamás;* pero esta voluntad es frágil si no va sostenida por la oración. Recordemos lo que sucedió á San Pedro. Había oído de boca del Salvador que *en esa misma noche todos sus discípulos lo abandonarían.*<sup>1)</sup> Esta advertencia no le abrió los ojos. En lugar de reconocer su flaqueza y pedir al Señor socorro para no caer en la infidelidad, contando demasiado con sus fuerzas, protestó que *aún cuando todos los otros abandonarán á su divino Maestro, él por su parte no lo dejaría jamás.* En vano el Salvador, tomando la palabra, le dijo: *En verdad, te digo, esta misma noche antes que cante el gallo, me negarás tres veces.* El discípulo no dejó de persistir en su presunción: *Nó,* exclamó: *aún cuando ne fuera necesario morir con Vos, no os negaré.* Pero ¿qué sucedió? Apenas el desgraciado entró en la casa del pontífice, cuando fué acusado de ser uno de los discípulos de

<sup>1)</sup> Matth. 26, 31.

Jesucristo, *y lo negó tres veces hasta con juramento, protestando que no lo había visto jamás.* Si Pedro hubiera pedido al Señor la gracia de la constancia, no lo habría negado. Su buen Maestro, que lo había llevado consigo al Huerto de los Olivos, le había también convidado *á orar y á velar, á fin de no caer en la tentación.* Mas Pedro, en lugar de orar, se quedó dormido, lo que le atrajo de parte de Jesús esta amarga reconvencción: *¿Conque no habéis podido velar una sola hora conmigo? ¡Feliz el alma que hace la Hora Santa!* Jesús no le reprochará como á San Pedro, el no haber podido velar una hora con Él. Ella vela y ora; y orando, obtiene la fuerza necesaria para triunfar del respeto humano, para vencer las tentaciones, para vivir en la humildad y para permanecer fiel á Dios.

La Hora Santa es también *un ejercicio de amor,* por medio del cual el alma piadosa se inflama en el foco mismo del Corazón de Jesús. Ése es

el sagrado depósito de que nos habla la Esposa de los Cantares. Ella decía que siempre que su celestial Esposo la introducía en la celda de su caridad, se veía asaltada de todos lados por el amor divino; y, *lánguida de amor, se sentía obligada á buscar consuelo para su corazón herido.*<sup>1)</sup>

En efecto, ¿cómo un alma piadosa, considerando durante la hora santa la pasión de Jesucristo, no se sentiría herida por tantas flechas de amor, es decir, por los dolores y las angustias que despedazaron el Corazón de Jesús? ¿Cómo no se verá impulsada por una dulce violencia á amar á quien tanto la ha amado? De ahí es que los santos estaban casi sin cesar ocupados en meditar las aflicciones de nuestro tierno Redentor.

Un piadoso solitario rogaba á Dios le enseñara lo que podía hacer para amarle con un amor perfecto. El Señor se dignó revelarle que para llegar á amarle de ese modo, no había ejer-

<sup>1)</sup> Cant. 2, 4.

cicio más útil que el meditar en la pasión. En esta dulce escuela fué donde San Francisco de Asís llegó á ser un serafín sobre la tierra. Lloraba tanto y tan continuamente cuando meditaba sobre los sufrimientos de Jesucristo, que había casi perdido la vista.

Tratemos pues, almas piadosas, de imitar á la Esposa de los Cantares, *quien gustaba,* decía ella, *de un dulce reposo á los pies de su Amado.*<sup>1)</sup>

Meditemos con frecuencia y representémosnos á Jesús agonizando en el Huerto de los Olivos; detengámonos algún tiempo cerca de este divino Salvador, y contemplemos con ternura las desolaciones que ha sufrido y el amor inmenso que nos ha manifestado en esta agonía de su Corazón. ¡Ojalá podamos decir con verdad que hemos reposado á la sombra del que amamos! ¿Queréis, almas amantes, gozar de un reposo lleno de dulzura en medio del tumulto de este mundo, de las tenta-

<sup>1)</sup> Cant. 2, 3.

ciones que el infierno os suscita, y aún de los temores que os agitan con el recuerdo del juicio de Dios? Considerad, en la soledad y el silencio de la Hora Santa, al Corazón de vuestro dulce Redentor agonizando en el Huerto: ved correr su sangre divina por todos sus miembros, no por las heridas de las espinas y de los clavos, sino por la violencia de la tristeza y del amor. Á la vista de este Corazón crucificado, ¡cómo no se desprendería vuestro espíritu de los horrores mundanos, de los bienes terrestres y de los placeres sensuales! Del Corazón de Jesús se exhalará un soplo celestial, que encenderá en vos un santo deseo de sufrir por amor de Aquel que quiso sufrir tanto por amor vuestro.

#### Práctica.

Haré el piadoso ejercicio de la Hora Santa el jueves por la tarde, <sup>1)</sup> re-

<sup>1)</sup> Ó al menos la víspera del primer viernes del mes.

tirándome á cualquier lugar solitario ó á una iglesia. Emplearé este momento precioso en orar, en hacer el vía crucis ó en leer algunas páginas sobre la pasión de Nuestro Señor Jesucristo.

#### Afectos y súplicas.

Querría ¡oh mi adorable Redentor! morir de pesar cuando recuerdo haber contristado tanto vuestro Corazón, que tanto me ha amado! Dignaos olvidar todos los disgustos que os he dado y arrojar sobre mi alma una mirada de amor, como la que dirigisteis á San Pedro después de su pecado, mirada que cambió sus ojos en dos fuentes inagotables de lágrimas.

¡Oh Hijo de Dios, oh Amor infinito! sufrís por esos mismos hombres que os aborrecen y os maltratan. Demasiado honor habríais hecho á los hombres ¡oh Majestad infinita á quien los ángeles adoran! si sólo los hubierais admitido á besar vuestros pies;

¿cómo pues habéis podido consentir en ser afligido por ingratos que no cesarán de despreciaros? ¡Oh Jesús despreciado por mí! haced que yo sea despreciado por Vos; ¿podría yo rehusar las humillaciones, viendo que Vos, que sois mi Dios, habéis sufrido tantas por mi amor? ¡Ah Jesús mío! haceos conocer y haceos amar.

ORACIÓN JACULATORIA. — ¡Oh Corazón amante de mi Jesús! sería yo por demás ingrato si no os amara.

#### Ejemplo.

El día 1º de febrero de 1871 moría en Asís una religiosa franciscana á quien el cielo había favorecido con sus más extraordinarias gracias. Se llamaba María Saraceni. Su seráfica vida es uno de los más hermosos modelos de la devoción al Corazón de Jesús. La maestra de novicias preguntaba un día á María, entonces joven aspirante, lo que hacía durante la meditación: «Contemplo al Sagrado Corazón de Jesús,» respondió ella.

Durante su toma de hábito no cesó de llorar. Como se le preguntara el motivo de sus lágrimas, dijo: «Me parecía ver al dulce Jesús dárseme á mí como un esposo crucificado. Entonces comprendí la obligación que tenía de trabajar por salvar almas.» Dios la hizo conocer repetidas veces en la santa Comunión que su voluntad era que encomendara á los pecadores á la divina misericordia. Para conformarse con esta inspiración, resolvió abrazar la más austera penitencia.

Siendo maestra de novicias, se aplicó á inculcar, ante todo, en los jóvenes corazones que le estaban confiados, el desprecio del siglo y un grande amor al Sagrado Corazón. En un retiro Jesucristo le hizo gustar la suavidad del amor que reinaba en su corazón, y le pidió toda su voluntad. Ella respondió que ya se la había dado toda entera, pero que desde ese momento quería, no solamente renovar la ofrenda ya hecha,

sino también agregar la promesa de encerrarse para siempre en su Sagrado Corazón. Amante de los sufrimientos, exclamaba: «Estoy desposada con la cruz. ¡Oh! ¡qué consuelo llevar la de Jesús, mi Esposo ensangrentado!» Muchas veces le parecía que Jesús la estrachaba contra su Corazón. El jueves en la tarde iba á visitar el Santísimo Sacramento con la intención de hacer la Hora Santa y de acompañar á Jesús agonizante en el Huerto de los Olivos, para obtener de Él la conversión de los pecadores. Un día exclamó, exhalando un profundo suspiro: «¡Ah! ¡por qué tanta indiferencia para con las almas rescatadas por Jesús! ¿No veis el cruel estado de Jesús que agoniza, bañado en su sangre? Esta sangre viene de su Corazón: es derramada por amor á las almas y ninguna está excluída de este amor. ¡Oh Huerto, Huerto! ¡cuán poco se piensa en tí! Almas, almas, venid al Huerto, y recibiréis el bautismo de sangre.»

La superiora preguntó un día á María Saraceni por qué suspiraba tan ardientemente por los sufrimientos. «Por salvar almas, madre mía, respondió. ella. ¡Dios sea bendito! veo que muchos sacerdotes tienen celo por las almas. ¡Oh santos sacerdotes! no os desaniméis, trabajad con valor. ¡Si supierais cuánto os ama Dios porque amáis á las almas!» Cuando una de sus hermanas se acercaba á ella después de la comunión, le decía con el sentimiento de la más viva fe: «Sois un santo tabernáculo!»

Á principios de 1866 predijo que pronto habría una gran mortandad de hombres; «pero lo que es peor, agregó, es la pérdida de las almas.»

Consagrada enteramente á la devoción del Corazón de Jesús, hubiera querido ver á todo el mundo consagrarse á Él. «Sería muy agradable á Jesucristo, decía, consagrarse á su Sagrado Corazón por un acto escrito, y renovar frecuentemente esta consagración.»

El último día de la vida se acercaba para ella. Y ¡quién lo creyera! este ángel de la tierra temblaba... temblaba, creyendo que Dios la había abandonado por sus pecados «¡Ah! exclamaba, si yo debiera continuar viviendo, comenzaría una vida toda santa!» Su consuelo sobre su lecho de dolor era dirigir los ojos á la imagen del Corazón de su Esposo y oír leer los más piadosos afectos hacia este Corazón Sagrado, hasta que al fin fué á unirse á Él eternamente á la edad de cuarenta y siete años.

....

## FEBRERO.

*El Corazón afligido de Jesús,  
víctima voluntaria.*

La aflicción sufrida por el Corazón de Jesús en el Huerto de Gethsemaní hará poca impresión sobre nosotros si no la consideramos con una fe vivísima. Es pues necesario

reanimar nuestra fe al principio de cada meditación, preguntándonos: ¿quién es el que sufre? ¿qué obligación tenía de sufrir?

¿Quién es el que sufre? El Apóstol, hablando de la divina bienaventuranza, llama á Dios el *único feliz y poderoso.*<sup>1)</sup> Y con razón, porque toda la felicidad de que podemos gozar nosotros, sus criaturas, es sólo una mínima participación de la felicidad infinita de Dios; la felicidad de los elegidos consiste en *sumergirse en el inmenso océano de la beatitud divina.*<sup>2)</sup> Tal es el paraíso que Dios da al alma fiel, cuando entra ella en posesión del reino eterno.

Dios, creando al hombre y estableciéndolo sobre la tierra, no quiso al principio que tuviera que sufrir y *le puso en un lugar de delicias,*<sup>3)</sup> desde donde debía pasar al cielo, para gozar ahí eternamente de la gloria de los bienaventurados. Mas, pecando, el hombre se hizo indigno

1) Tim. 6, 15. — 2) Matth. 25, 31. — 3) Gen. 2, 15.  
La Hora Santa.

del paraíso terrenal y se cerró las puertas del paraíso celestial, condenándose él mismo voluntariamente á la muerte y á los sufrimientos eternos. ¿Qué hizo entonces el Hijo de Dios para librar al hombre de tan gran desgracia? De feliz, de grandemente feliz que había sido siempre, quiso hacerse en cierto modo, desgraciado, consintiendo en ser afligido y perseguido.

¿Qué obligación tenía el Hijo de Dios de sufrir por nosotros y de expiar nuestras faltas? Ninguna. Si sufrió, *es porque así lo quiso*, como nos lo dice el Profeta; <sup>1)</sup> si ha expiado nuestras faltas, es porque ha querido cargar con ellas para librar-nos de la condenación eterna; es su voluntad, es su pura bondad, es su corazón amantísimo quien lo ha obligado á cargar con nuestras deudas y á sacrificarse enteramente por nosotros hasta expirar en los tormentos. Él mismo lo ha declarado: *Doy mi*

<sup>1)</sup> Is. 53, 7.

*vida... nadie me la arranca, sino que Yo la doy de mi propia voluntad.* <sup>1)</sup>

Hacia más de treinta y tres años que Jesús estaba sobre la tierra, cuando una tarde se fué al Huerto de los Olivos, y ahí se vió á la alegría del paraíso, al gozo de los Angeles, á la beatitud misma, caer en la más amarga de las aflicciones: *Empezó á entristecerse y angustiarse.* <sup>2)</sup>

Meditemos con fe, por una parte, la beatitud eterna é infinita del Hijo de Dios, y, por otra, el amor inmenso que lo obligó á sufrir voluntariamente la sangrienta agonía del Huerto de los Olivos, y nos veremos forzados á exclamar, pasmados de admiración: ¡Oh anonadamiento de un Dios! ¡oh amor de un Dios!

Notemos aquí que Jesucristo, no contento con decir: *Desearía rescatar al mundo*, lo ha rescatado realmente, y al precio de los más grandes sacrificios. Tal debe ser nuestra conducta respecto de nuestra salvación

<sup>1)</sup> Jo. 10, 17. — <sup>2)</sup> Matth. 26, 37

y de nuestra perfección. No basta decir: *Querria salvarme, querria santificarme*. Esos son los deseos ineficaces que de nada sirven; porque, á cuántos se oye decir: *Querria, querria...* pero que al mismo tiempo no llenan las obligaciones de su estado presente, no practican la oración, descuidan la comunión, aman el mundo y sus vanidades, sufren con poca paciencia, cometen diariamente faltas con ánimo deliberado, mortifican poco sus pasiones y no tratan de corregirse. No digamos pues: *Querria*, si no más bien: *Quiero*, haré lo que Dios quiera y exija de mí; lo haré hoy, lo haré mañana y lo haré siempre. Obrar así es volar al cielo y á la perfección.

#### Práctica.

Me examinaré seriamente para ver si hago todo lo que Dios exige de mí para mi provecho espiritual. ¿No he descuidado hasta aquí los deberes de mi estado? ¿He sido fiel á los

ejercicios de piedad, tales como la misa, el examen, la lectura espiritual, la meditación, la comunión, la visita al Santísimo Sacramento, el rosario, el vía crucis, etc.? ¿Cuál será mi regla de vida para lo futuro?

#### Afectos y súplicas.

¡Ah mi amadísimo Redentor, cuánto os ha costado sacarme del abismo en que mis pecados me habían sumergido! Así ¡oh mi divino Maestro! para librarme de la esclavitud del demonio, al cual yo mismo me vendí pecando voluntariamente, Vos habéis consentido en ser afligido como el más grande de los pecadores, y yo, sabiendo esto, he podido contristar tantas veces vuestro amabilísimo Corazón, que tanto me ha amado!... ¡Ah! puesto que Vos, que sois mi Dios, habéis aceptado con amor una vida y una muerte tan penosas, yo acepto por vuestro amor, oh Jesús mío, todas las penas que me vengan de

vuestra mano; las acepto y las abrazo, porque ellas me vienen de esas manos que han sido traspasadas por librarme del infierno eterno que tantas veces he merecido: el amor que me habéis manifestado, Redentor mío, ofreciéndos á sufrir por mí, me obliga á aceptar por Vos todos los sufrimientos y todos los desprecios. Señor, por vuestros méritos, dadme vuestro amor; vuestro amor me hará dulces y amables todos los dolores y todas las ignominias. Os amo sobre todas las cosas, os amo con todo mi corazón, os amo más que á mí mismo. Haced que emplee el resto de mis días en daros muestras de mi amor; porque no me atrevería á comparecer á vuestro tribunal tan pobre como soy, no habiendo hecho nada por vuestro amor. Pero, ¿qué puedo hacer sin vuestra gracia? Sólo me atrevo á pedirós que me ayudéis, y esta súplica misma es un efecto de vuestra gracia. Jesús mío, socorredme por los méritos de vuestros sufrimientos

y de la sangre que habéis derramado por mí. ¡Oh María! encomendadme á vuestro divino Hijo, considerando que soy una de sus ovejas, por las cuales Él ha dado su vida.

ORACIÓN JACULATORIA. — ¡Oh Corazón de Jesús! el que no os ama manifiesta que no os conoce.

#### **Ejemplo.**

Habiendo sido el espíritu de sacrificio el alimento continuo del Corazón de Jesús, no es admirable el ver á ciertas almas devotas de este Corazón Sagrado, llevar el heroísmo hasta ofrecerse á Dios como víctimas por el bien de la Iglesia y de su augusto Jefe. Nuestra época ha sido particularmente fecunda en semejantes abnegaciones. La mayor parte, sin duda, de esas generosas inmoluciones contemporáneas, aunque sólo se consumaron en deseo, no por eso fueron menos meritorias. Otras, sin embargo, fueron, visiblemente aceptadas: tal es, al menos como la sabi-

duría humana pudo juzgarlo, la de la señorita María Léautard en Roma, en 1866. Esta santa niña era de Marsella, ciudad tan devota del Corazón de Jesús. Ella fué en esta gran ciudad la providencia de los pobres, de los prisioneros y de los soldados, á quienes proporcionó para sus enfermedades el gran beneficio del establecimiento de las Hermanas de la Caridad en los hospitales de Marsella. Había recibido de Napoleón III, en señal de gratitud, junto con la cruz de la Legión de Honor, el increíble privilegio de pedir y de obtener la gracia de todos los condenados militares cuyo arrepentimiento ella garantizaba. Esta admirable cristiana había ido á Roma para orar sobre la tumba de los Apóstoles y recibir la bendición del Papa. Habiendo sido retenida en esa ciudad por un atractivo superior y divino, resolvió pasar en eila el resto de su vida, llegando á ser ahí la madre de los zuavos pontificios, como lo había sido de los

soldados franceses en Marsella. En 1866, sintiendo debilitarse sus fuerzas y no sabiendo cómo servir más á Dios, tuvo la inspiración de coronar su vida con un supremo y heroico sacrificio. Pío IX estaba gravemente enfermo, y esta augusta y preciosa salud causaba nuevas inquietudes al mundo católico. La señorita Léautard resolvió ofrecerse á Dios como víctima en reemplazo de su Vicario. Pero, temiendo que fuera éste un acto de presunción, quiso primero obtener del Papa la debida autorización. Cuando le hubo expuesto su sublime deseo, Pío IX permaneció algún tiempo inmóvil y silencioso, mientras la santa niña, con las manos juntas y la mirada fija sobre él, esperaba su respuesta. En fin, como si él hubiera obedecido á una voz que le hubiera hablado en secreto, colocó su mano sobre la cabeza de la generosa cristiana y le dijo con un acento solemne: «Id, hija mía, y haced lo que Dios os ha sugerido.» La

bendijo con emoción, y ella lo dejó, llena de gozo.

El día siguiente, la señorita Léautard asistió, según su costumbre, á la primera misa en San Pedro. Recibió la comunión, y cuando tuvo en su corazón á la víctima de amor, ofreció su vida por el Papa. A penas hubo formulado su voto, cuando, presa de un dolor terrible y súbito, cayó en tierra lanzando un grito. Todos la rodean, se le lleva á su casa, se llama al médico, quien declara que su arte es impotente contra este mal extraño. Todo ese día y los dos siguientes no cesó de sufrir dolores tan crueles, que no podía ni hablar ni dar las gracias á las personas que la cuidaban sino con una sonrisa ó un movimiento de las manos. El miércoles 19 de diciembre estuvo algo aliviada; pidió y recibió los últimos sacramentos con una devoción y un gozo angelicales. Concluída la acción de gracias, se despidió de sus amigos y respondía ella misma á las

oraciones de los agonizantes con una piedad que conmovía todos los corazones. Cuando se llegó á esta palabra suprema: «Parte, alma cristiana, en el nombre del Padre que te ha creado, en el nombre del Hijo que te ha rescatado y en el nombre del Espíritu Santo que te ha santificado,» bajó la cabeza y expiró.

La noticia de esta muerte fué llevada al Vaticano. Pío IX la recibió sin manifestar ninguna sorpresa; pero, levantando los ojos al cielo, murmuró con voz conmovida: «¡Oh sacrificio tan pronto aceptado!» (*Un invierno en Roma* por Anatolio de Segur.)

.....

## MARZO.

*El Corazón afligido de Jesús,  
víctima universal.*

Del mismo modo que todas las aguas van á arrojarse al mar, así todas las aficciones se reunieron en el Corazón de Jesús. Él las acep-

tó con la más sublime abnegación, impulsado por su amor hacia nosotros, amor que ha llegado hasta el exceso, y aún puede decirse hasta la locura; porque ¿no es una locura de amor el que un Dios haya querido cargarse con todas las iniquidades del mundo, para sufrir las penas consiguientes?

Jesucristo sabía que todos los sacrificios de víctimas materiales ofrecidos á Dios en otro tiempo, no podían satisfacer por los pecados de los hombres, porque era necesaria una persona divina para pagar el precio de su redención: y entonces ¿qué hizo? Se ofreció Él mismo á su Padre, para apaciguar su cólera y satisfacer por nosotros. Con este fin, dos caminos se presentaban ante Él: era el uno de placer y de gloria, el otro, de sufrimientos y de oprobios: ¿cuál escogió? Como no solamente quería rescatarnos de la muerte, sino también captarse el afecto de nuestros corazones, *renunció al pla-*

*cer y á la gloria y escogió los sufrimientos y los oprobios.*<sup>1)</sup> Así es como este amable Salvador, sin obligación alguna, tomó sobre Sí todas nuestras deudas, como lo expresa claramente el profeta Isaías: *En verdad tomó sobre sí nuestras enfermedades.*<sup>2)</sup>

Hé ahí pues al Corazón de Jesús, la inocencia, la pureza y la santidad misma, hélo ahí cargado de todas las blasfemias, de todas las torpezas, de todos los sacrilegios, de todos los robos, de todas las impurezas y de todos los crímenes de los hombres; hélo ahí cómo por nuestro amor ha llegado á ser el objeto de las maldiciones divinas, á causa de nuestros pecados, por los cuales se obligó á satisfacer á la justicia eterna; hélo ahí cargado de tantas maldiciones cuantos han sido los pecados mortales que se han cometido y habrán de cometerse sobre la tierra. En este estado se presentó á su Padre como

<sup>1)</sup> Hebr. 12, 2. — <sup>2)</sup> Is. 53, 4.

culpable y responsable de todos nuestros crímenes, y Dios, su Padre, lo condenó como tal á sufrir la muerte infame de la cruz. Fue entonces cuando nuestro Salvador se *prosternó con el rostro en tierra,*<sup>1)</sup> como si tuviera vergüenza de levantar sus ojos al cielo, viéndose cargado de tantas iniquidades. Fue entonces cuando experimentó el inmenso desconsuelo que le hizo decir: *Mi alma está triste hasta la muerte.*

¡Oh Padre Eterno! ¿cómo podéis ver á vuestro Hijo amado en una aflicción tan grande? Sé bien, dice el Padre Eterno, que mi Hijo es inocente; pero, puesto que se ha encargado de satisfacer á mi justicia por todos los pecados de los hombres, conviene que Yo le abandone á todas las aficciones que esos pecados merecen. *Yo lo he herido á causa de la iniquidad de mi pueblo.*<sup>2)</sup>

¡Oh caridad incomparable del Corazón de Jesús! Él, nuestro Dios, se

<sup>1)</sup> Matth. 26, 39. — <sup>2)</sup> Is. 53, 8.

ha hecho nuestro fiador, obligándose á pagar nuestras deudas, según la hermosa expresión del apóstol;<sup>1)</sup> y después de haber satisfecho por nosotros, nos promete, de parte de Dios, la vida eterna. De ahí es que el *Eclesiástico* nos ha advertido de antemano que *no olvidemos jamás el beneficio que debemos á este celestial fiador,*<sup>2)</sup> que ha querido sufrir tanto para obtenernos la salvación.

¡Oh caridad infinita del Corazón de Jesús! Los médicos cuando aman á un enfermo hacen cuanto pueden por sanarlo. Pero, ¿cuál es el médico que por curar un enfermo toma sobre sí mismo su enfermedad? Jesucristo es el único médico que ha cargado con nuestras enfermedades para curarnos. No quiso enviar á otro para llenar este misericordioso oficio; y se dignó venir Él mismo, á fin de conquistar todo nuestro amor.

¡Oh caridad verdaderamente divina del Corazón de Jesús! No se con-

<sup>1)</sup> Hebr. 7, 32. — <sup>2)</sup> Eccli. 29, 20.

tentó con ofrecer á la justicia divina una simple satisfacción, sino que la quiso superabundante; y digo *superabundante*, puesto que para rescatarnos era suficiente una sola súplica del Hombre-Dios; pero esto no bastaba para el más amante de los corazones.

¡Oh caridad verdaderamente inefable é inaudita del Corazón de Jesús, que nos obliga á poner en Él una confianza sin límite! Porque nada puede turbarnos mientras Jesucristo pueda confortarnos. Aunque el recuerdo de los pecados que he cometido me rodee, aunque me asalten los temores del porvenir, aunque los demonios me tiendan lazos, si pido misericordia á Jesucristo que me ha amado hasta la muerte, no puedo perder la confianza de que Él acudirá en mi socorro. ¿Cómo, en efecto, podría abandonarme este Dios que me ha amado hasta entregarse á la muerte por mí? ¡Oh Corazón de Jesús! Vos sois el puerto seguro de

los que en la tempestad acuden á Vos! ¡Oh pastor vigilante! se equivocan los que no esperan en Vos cuando tienen voluntad de corregirse. Vos habéis dicho: «Soy Yo, no temáis; soy Yo quien aflijo y quien consuelo». Envío algunas veces á mis servidores desolaciones que parecen un infierno; pero, en seguida las disipo y los consuelo. Soy vuestro abogado, y vuestra causa ha llegado á ser la mía. Soy vuestro fiador, y he venido á pagar vuestras deudas. Soy vuestro Salvador, y os he rescatado con mi sangre, no para abandonaros, sino para enriqueceros, á vosotros que me habéis costado tan caro. ¿Cómo me alejaré del que me busca, Yo que he ido al encuentro de los que querían ultrajarme? No retiraré mi rostro del que me hirió, y ¿lo retiraré del que quiera adorarme? ¿Cómo pueden dudar mis hijos de que los amo, viéndome por su amor entre las manos de mis enemigos? ¿Me han visto alguna vez despreciar

al que me ama, ó abandonar al que reclama mi socorro? Llego aún al extremo de buscar á lós que no me buscan.

### Práctica.

Mi confianza en el Corazón de Jesús será sin límites, puesto que es sin límites el amor que El me tiene. Vengan persecuciones, enfermedades, sequedades, escrúpulos, tentaciones, temores por la salvación, siempre diré con el Salmista: *Señor, pongo mi alma en vuestras manos; confío plenamente en Vos, porque me habéis rescatado.*<sup>1)</sup>

### Afectos y súplicas.

¡Oh Jesús mío! si Dios os ha *cargado con todos los pecados de los hombres,*<sup>2)</sup> yo, con los míos, he hecho pesar más la cruz que llevasteis al Calvario. ¡Ah mi dulce Salvador! ya entonces veáis las injurias que os iba

<sup>1)</sup> Ps. 30, 6. — <sup>2)</sup> Is. 53, 6.

á hacer; á pesar de eso, no habéis dejado de amarme y de prepararme las grandes misericordias, de que en seguida me colmasteis. De consiguiente, si también os he sido tan querido, yo, el más vil y el más ingrato de los pecadores, yo que tanto os he ofendido, es muy justo que Vos me seáis querido, Vos, mi Dios, belleza y bondad infinitas, que tanto me habéis amado. ¡Ah! si pudiera no haberos jamás afligido! Ahora, mi Jesús, conozco el mal que os he hecho. ¡Oh pecados malditos! vos habéis llenado de amargura el Corazón tan tierno y tan amante de mi Redentor! Por favor, perdonadme ¡Jesús mío! me arrepiento de haberos ofendido y en lo venidero seréis el único objeto de mi amor. ¡Oh amabilidad infinita! os amo con todo mi corazón, y estoy resuelto á no amar otra cosa que á Vos. ¡Señor! os digo con San Ignacio: *Dadme vuestra gracia y vuestro amor, y no os pido más.*

ORACIÓN JACULATORIA. — Cordero sin mancha, no queden perdidos tantos sufrimientos padecidos por mí.

### Ejemplo.

Joaquín Gaudiello, hermano lego de la Congregación del Santísimo Redentor, fue toda su vida un ferrosísimo amigo de la cruz, lo que lo hizo singularmente querido del Corazón generoso de Jesús.

Cuando resolvió hacerse religioso, se le preguntó por qué quería abrazar una condición tan humilde. *Es, respondió, porque, sin hacer caso del mundo, quiero seguir á Jesucristo vilipendiado y despreciado.* Joaquín no cesó de hacer á su cuerpo una guerra cruel, sujetándolo á la mortificación y al trabajo, y, lo que es digno de los mayores elogios, supo unir los trabajos manuales con el más sublime espíritu de oración. Recurría á Dios en todas sus necesidades. *Puesto que Él es mi padre,* decía, *recurso á Él como un hijo suyo.* Jesús

en el Santísimo Sacramento había arrebatado su corazón; era tan ávido por la santa Comunión, que se le permitió hacerla todos los días. En sus momentos de descanso iba á la Iglesia y desahogaba su corazón en el Corazón de su amable Jesús. Á ejemplo de Jesús, cifraba toda su gloria y su felicidad en las humillaciones y los desprecios, no tomando para nada en cuenta las vanidades del mundo. *¿Qué es el mundo?* acostumbra decir, aún á los más elevados personajes, *¿qué es el mundo, sino una sombra, un humo, y un humo del infierno?* Cuando á penas contaba veintidós años, cayó enfermo y murió. Interrogado una vez cómo pasaba el día en su lecho de dolor: *Me miro en mi espejo,* respondía, mostrando el crucifijo. Su amor á los sufrimientos y su conformidad con la voluntad de Dios eran verdaderamente admirables. Un Padre le preguntó un día cuándo quería ir al cielo, y respondió alegremente: *Quiero ir*

allá cuando mi Jesús lo quiera. Tenía un amor tan tierno hacia el Santísimo Sacramento, que en su presencia parecía transformarse en un serafín: sus arranques de amor, sus frecuentes aspiraciones enternecían á todo el mundo. Un día en un trasporte de amor dijo al Padre Mazzini: *Tomad un cuchillo, abridme el pecho, tomad mi corazón y depositadlo en el tabernáculo al lado del Santísimo Sacramento.* Su tristeza consistía en no poder morir crucificado como Jesucristo. Se le decía, para consolarlo, que su cama era su cruz. Nó, replicaba llorando, *no es para mí una cruz, porque estoy fortificado por Jesús crucificado y lleno de amargura.* Colocaron delante de él una pequeña estatua de Jesús flagelado; luego que la vio, se desahizó en lágrimas y dijo suspirando: *¡Que yo no pueda hacerme semejante á Vos, oh Jesús mio flagelado por mí! ¡Enviadme sufrimientos y llagas, oh Salvador mio!* Sintiendo que la muerte se aproximaba, manifestó un

vivo deseo de recibir la Extremaunción, diciendo: *Es el último consuelo que Jesucristo nos ha dejado en su bondad.* Después de haber recibido la santa Comunión, fué arrebatado fuera de sí, su rostro tomó una expresión angelical, y permaneció todo el día en ese estado sobrenatural. Hacia la tarde se le preguntó cómo se sentía. *Me siento,* dijo, *con Jesús en el corazón.* La víspera de su muerte exclamaba en un delirio celestial: *¡Paraíso! ¡paraíso!* Siendo el primer redentorista que moría, decía á sus hermanos, por último adiós, estas palabras: *¡Yo soy el portaestandarte!* Su agonía fué un acto de amor no interrumpido, y expiró pronunciando los santos nombres de Jesús y de María en 1741. El Señor se dignó manifestar con diversos prodigios la santidad de su siervo. San Alfonso lo llamaba *un joven adornado de todas las virtudes.*